

legal, mas siguió teniendo su fundamento en una razón concebida a la manera del siglo de las luces y en una idea científico natural del hombre.

\* \* \*

A pesar de que solamente han sido tocados los puntos centrales de confluencia entre el pensamiento ilustrado y el liberal, las consideraciones anteriores sumi-

nistran materiales abundantes para revisar desde otro ángulo tanto la imagen de nuestra historia como las distintas filosofías que han servido para entenderla. Plantea asimismo una problemática de la cultura y de una manera concreta de la bondad o la maldad del saber moderno que se mueve alrededor de la ciencia y la razón. De momento sólo queremos resaltar

el hecho de que la libertad de razón y la filantropía del siglo mexicano de las luces es el antecedente inmediato del liberalismo sin que esto signifique negar la influencia decisiva de la modernidad representada principalmente por Francia y Estados Unidos. No se trata de coincidencias circunstanciales o casuales, como sucedió con algunas afirmaciones del siglo XVIII

en relación a las enseñanzas del siglo XVI, sino de una continuidad histórica entre los ideales ilustrados y las realizaciones liberales, de manera que el movimiento liberal viene a ser, históricamente hablando, un renacimiento de la ilustración nuestra. Ni el liberalismo es una etapa más del pensamiento europeo, ni la colonia es un pasado del cual debamos avergonzarnos.

**L**A Revolución de Ayutla, a pesar de las limitaciones del Plan que le sirvió de base, constituye uno de los acontecimientos históricos más importantes del siglo pasado; importancia que se descubre, tanto por las proyecciones históricas nacionales e internacionales, como por las raíces del hecho señalado. Porque si el Plan de Ayutla no deja traslucir en su letra escrita el verdadero fondo del problema a debate, no por eso, con la voluntad o contra la voluntad de sus autores, lo iniciado como una simple protesta armada para derrocar a Santa-Anna y echar abajo su oprobiosa dictadura, dejó de ser, una revolución, y, con ella, una necesidad de subvertir el viejo orden establecido y crear, sobre sus escombros, un orden económico, social y político, más en concordancia con las nuevas corrientes históricas que conmovían al país. Pero, además, en el propio Plan se advierte ya el desarrollo del nacionalismo propio de toda sociedad burguesa y la condenación, nacida del sentimiento patriótico liberal, del famoso Tratado de la Mesilla firmado por el gobierno del general Santa-Anna. Sin embargo, aunque los gérmenes de la sociedad futura se hallan contenidos allí, no es, el Plan de Ayutla, la expresión explícita de la Revolución. Fue indispensable, que la lucha armada estallara, para que aquella tomara forma y adoptara, en la secuela propia de los hechos, los caracteres fundamentales y formales que adoptó después.

El artículo siete del mencionado Plan ordenó que cesaran "desde luego los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos y pasaportes, y la gabela impuesta a los pueblos con el nombre de capitación"; de igual modo que el artículo seis reclamó "la libertad del comercio interior y exterior". Pero, en realidad, no puede distinguirse en la literatura del mismo Plan un claro objetivo revolucionario para modificar, en todas y cada una de sus partes, la estructura nacional.

Treinta largos años de luchas intestinas habían revelado, hasta entonces, la incapacidad de las viejas clases feudales para

## La REVOLUCION DE AYUTLA

Por José MANCISIDOR

organizar la vida de la nación. La Independencia, en manos de Iturbide, no había sido sino un pretexto para mantener en pie todo el caduco aparato colonial apoyado en el clero, el ejército, la burguesía terrateniente en funciones de nobleza feudal. Así, todo el programa liberal alentado por Hidalgo, Morelos y Guerrero, se estrelló contra los cimientos de la Colonia enraizados, poderosamente, a través de los trescientos años de dominación española. Sin embargo, durante estos treinta años de vida independiente, las ideas liberales se habían aclimatado en el país y si México carecía de una burguesía industrial que arrebatará el poder económico a las antiguas clases dominantes, contaba, en cambio, con una pequeña burguesía imbuída ya de las ideas revolucionarias que habían transformado el mundo. Fue, esta pequeña burguesía, salida de los medios intelectuales del país, la que imprimió al movimiento iniciado en Ayutla su propia fisonomía, convirtiendo, lo que en sus orígenes no tuvo otro objetivo que acabar con el régimen santanista, en una verdadera revolución.

México había presenciado ya, en esas horas, el fracaso reformista de Gómez Farías y la inutilidad del esfuerzo industrializador de Alamán: reveladores, ambos hechos, de la debilidad de las fuerzas económicas y políticas en que se apoyaron y el poderío, todavía estable, del régimen feudal imperante. Mas ahora la correlación de las fuerzas en juego había cambiado: treinta años de luchas intestinas, con su natural paralización de la industria minera, la decadencia del comercio y la muerte de la agricultura, debilitaron a las clases dominantes. La riqueza pública,

centralizada por el clero, dejó de jugar un papel activo y ayudó, así, a restar la fuerza económica del estado feudal por su condición parasitaria. De otra parte, el clero, por su corrupción y las contradicciones provocadas con el acaparamiento de la riqueza pública, perdió toda autoridad, mientras el ejército, atenido al favor del clero, no era sino un elemento de inseguridad y anarquía próximo a derrumbarse, como sucedió después, durante los tres años de la Guerra de Reforma.

Frente a esta sociedad feudal en descomposición, se enderezaban las fuerzas populares del país que fueron el mejor soporte de la Revolución de Ayutla. Recuérdese, que cuando Santa-Anna abandonó el mando de las tropas gobiernistas del Sur a Zuloaga, le ordenó destruir todos los poblados de la región, incendiar todas las siembras y acabar con todo el ganado, así como perseguir a los moradores de aquellas extensas zonas del país. Tan arbitraria disposición reveló, por mucho que se quisiera esconderlo, el carácter popular del movimiento encabezado por el general Alvarez. Santa-Anna no perdonó, a aquellos pueblos, su participación activa en un hecho que los propios pueblos resolvieron, dirigidos por la pequeña burguesía liberal, de acuerdo con las exigencias de sus necesidades históricas.

Esta disposición de Santa Anna es reveladora. A través de ella se aclara el papel que las grandes masas populares jugaron en la Revolución de Ayutla. Por eso, la tentativa de los militares de la ciudad de México con el propósito de escamotearle el triunfo al pueblo mexicano, fracasó. Porque no bastaban las tropas del general de la Vega para echar por tie-

rra lo que las fuerzas populares apoyaban. Por lo tanto, las condiciones históricas eran otras: la corriente liberal había madurado y se apoyaba sobre los cimientos poderosos que el pueblo le ofrecía y que, muy pronto, daría lugar a la creación de una fuerza organizada, con un programa y un objetivo precisos: la fuerza organizada, el Partido Liberal; el programa "la igualdad ante la ley, o lo que es lo mismo, la abolición de las clases privilegiadas; la separación de las potestades eclesiástica y civil, reduciendo a la Iglesia a sus verdaderos y legítimos límites, que son los de la conciencia, privándola de la capacidad de administrar bienes raíces o capitales, y devolviendo a la circulación la enorme suma de riquezas que había acopiado", según las palabras de Porfirio Parra. En una palabra: se trataba de liquidar todo un pasado feudal y forjar las bases de la sociedad burguesa que darían, en el futuro, los frutos apetecidos.

Así surgió la Reforma con su proceso de democratización creado por la Ley Juárez; con la separación de la Iglesia y el Estado derivado de la Ley del 12 de julio de 1859; con la libertad de cultos como solución del problema demográfico, según la Ley del 4 de diciembre de 1860; y, sobre todo, con la nacionalización de los bienes eclesiásticos establecida por la misma Ley del 12 de julio antes citada. No obstante, este proceso burgués se vio interrumpido, apenas comenzado, por el porfirato, cuyo carácter feudal dio origen a la Revolución Mexicana: una revolución burguesa, antiimperialista, democrática y agraria, incumplida todavía y en pugna abierta contra las sobrevivencias del pasado, contra los sectores más regresivos de la ya potente burguesía nacional y los sectores más agresivos del capitalismo internacional: revolución que no se puede explicar sino como una parte del mismo proceso histórico que iniciado en Ayutla, hace cien años, será llevado, por las nuevas fuerzas sociales que han entrado en juego, hasta sus últimas consecuencias.